



Las lecturas comunistas del pasado nacional en una coyuntura incierta (1955-1966). Herencias, ajustes y novedades

Alejandro Cattaruzza¹

UNR/UBA/CONICET

manuelcattaruzza@arnet.com.ar

Resumen: Luego del golpe de Estado que, en 1955, derrocó al peronismo, se abrió un período de muy intensa y violenta disputa política. Los distintos actores hicieron muy pronto de las imágenes del pasado, incluso del pasado lejano, un escenario y una herramienta en aquella lucha. Así, por ejemplo, sectores del antiperonismo más duro enlazaban su presente con la Revolución de Mayo y con la batalla de Caseros, mientras el peronismo construía una relación estrecha y novedosa en varios aspectos con los revisionismos, que tendían a preferir otros héroes: San Martín y Rosas fueron los nombres más habituales de esa tradición. En este artículo, ubicado en el cruce de la historia cultural, la historia política y la historia de la historiografía, se examinará cómo el Partido Comunista intervino en aquel combate por el pasado, a través de análisis de algunas obras producidas por sus intelectuales y de algunas de las posiciones publicadas por medios de prensa de la organización.

Palabras clave: postperonismo – comunismo argentino – interpretaciones del pasado – años sesenta

Abstract: After the military coup that overthrew peronism in 1955, a period of intense and violent political dispute started. Soon after, different actors made of the images of the past, including the far past, a scenery and a tool of that dispute. As an example, sectors of the hardest antiperonism related the present

¹ **Alejandro Cattaruzza** es profesor en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Rosario; investigador de Conicet y Vicedirector del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”, UBA-CONICET. Magister en Historia Política y Social, dirigió el Tomo VII de la Nueva Historia Argentina, *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, que publicó Sudamericana en 2001, y también el tomo VI, titulado *Argentina 1930-1960*, de la colección América Latina en la historia contemporánea, de Taurus-Mapfre. Entre sus obras se cuentan *M.T. de Alvear. El compromiso y la distancia*, en la colección del Fondo de Cultura Económica “Los nombres del poder”; *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires: Alianza, 2003, junto a A. Eujanián; *Los usos del pasado*, Buenos Aires: Sudamericana, 2007 y de *Historia de la Argentina 1916-1955*, que publicó Siglo XXI en Buenos Aires. Sus temas actuales de investigación se refieren a las relaciones entre producción historiográfica, disputas políticas y vida cultural en la Argentina del siglo XX.

with the Mayo Revolution and the battle of Caseros; peronists created a close and in many aspects novel relation with the revisionisms that tended to prefer other heroes: San Martín and Rosas became the most habitual names of that tradition. In this article, located in the intersection of cultural history, political history and history of historiography, I will examine how the Communist Party intervened in that quarrel for the past by analyzing some of the works produced by its intellectuals and some of the interpretations published by organization press media.

Keywords: postperonism -argentine communism - interpretations of the past-sixties

1) La historia cultural –así como las especialidades cercanas: la historia intelectual, de las ideas, de los intelectuales–, ha tenido un crecimiento importante en las últimas décadas en la historiografía internacional. A su vez, en el escenario mayor de la renovación y expansión de la historia política, también las izquierdas fueron estudiadas más sistemáticamente que en otras coyunturas historiográficas. Esos procesos hicieron que grupos y partidos de izquierda, así como intelectuales y emprendimientos culturales vinculados a ellos, fueran objeto de un número creciente de estudios, que ensayaban nuevas aproximaciones. Debe señalarse también que en el campo que solía llamarse la historia de la historiografía se han producido novedades, que llevaron a ampliar la perspectiva, antes reducida a la historia profesional, y a explorar otras dimensiones: la de las luchas presentes por la atribución de sentido al pasado, sostenidas por actores que desbordan los elencos de historiadores y exhiben además una fuerte ligazón con el problema plenamente político de la legitimidad, con el de las memorias colectivas y las acciones estatales desplegadas para influir sobre ellas, con el de la utilización de representaciones del pasado en los intentos de construcción de identidades políticas o sociales.

En la Argentina, con una cronología levemente diferenciada, se han registrado esas mismas tendencias de cambio, que se afincaron aquí algunos años después del final de la dictadura. En el cruce de perspectivas heredadas de esas transformaciones se instala este trabajo, dedicado a indagar las imágenes del pasado y las políticas hacia él que el Partido Comunista argentino organizó durante el período que se extiende entre el golpe de Estado de 1955, que puso fin a los primeros gobiernos peronistas, y el de 1966, que derrocó al presidente radical Arturo Illia y llevó al poder al general Onganía².

² Es innecesario señalar que en la construcción de imágenes del pasado por parte de un partido político tienen un papel relevante, aunque no exclusivo, los intelectuales que allí militan. Ensayistas, literatos, historiadores y también dirigentes con vocación de intervención cultural son actores decisivos en ese proceso. En esta ocasión, las fuentes principales consultadas han sido *Cuadernos de Cultura*, entre cuyos directores se contó Héctor Agosti, *La hora*, diario de la mañana que se presenta como “Órgano del PC”, el semanario *Nuestra Palabra* y los materiales de propaganda y formación de militantes producidos por diversas autoridades partidarias, disponibles en el archivo del CEDINICI. Sobre *Cuadernos de cultura* y la política cultural del PC en la época sugerimos la consulta del trabajo de Jorge Cernadas. Debe mencionarse una vez más y, naturalmente, agradecerse, la gran ayuda que quienes trabajan en el CEDINICI prestan a los

2) El planteo de este objeto de estudio reclama algunas precisiones. La primera indica que la aparición de la llamada nueva izquierda en la Argentina de los años que van de 1955 a 1966 –que serán llamados aquí los años sesenta– ha sido un fenómeno de gran importancia política y cultural que convocó además la atención de importantes investigadores. Sin embargo, las formaciones partidarias más tradicionales como el Partido Socialista y el Partido Comunista, las de la vieja izquierda si se prefiere el término, continuaron siendo actores políticos significativos en aquel período; fueron además los ámbitos de formación de cuadros y militantes cuyas derivas los llevarían luego a los ámbitos de la nueva izquierda e inclusive a la lucha armada. También militaron en la organización, con trayectorias más largas o más fugaces, algunos de los jóvenes animadores de la renovación de las ciencias sociales en la universidad o fuera de ella: Juan Carlos Portantiero, José Carlos Chiaramonte, José Aricó, Carlos Sempat Assadourian, Manuel Mora y Araujo, Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Francis Korn, Julio Godio. Era esta una novedad importante para la historiografía y las ciencias sociales de base universitaria argentina: a pesar de algunas excepciones, individuales y solitarias, no había existido hasta entonces allí un sector comunista o marxista.

Con múltiples rupturas en el caso del socialismo, y un número menor en el PC, fueron éstos, partidos que exhibían anclajes en grupos sociales amplios e incluso presencia sindical significativa en el caso del comunismo, aún en medio de la supremacía peronista; ninguna de las nuevas formaciones logró trazar vínculos de ese tipo a escala semejante. A su vez, el PC, que solía ser acusado por lo que se entendía era su reformismo, su cerrazón ideológica, su escasa tolerancia hacia el disenso interno y su falta de sensibilidad ante la cuestión nacional, continuaba conservando un frente intelectual activo que sostenía revistas y otras publicaciones periódicas, así como editoriales que albergan diversas colecciones; también lograba realizar reuniones y encuentros a veces

investigadores. También los pareceres, datos y pistas, siempre precisas, que Horacio Tarcus ofrece con generosidad.

nacionales. Como se verá, algunos de los rasgos atribuidos al PC aparecerán aquí cuestionados; por ejemplo, en el partido circularon opiniones matizadas, no faltaron algunas polémicas y ciertos intelectuales parecían exhibir un margen relativamente amplio de autonomía, aun en un marco de previsible anhelo de uniformidad ideológica.

La segunda de aquellas consideraciones remite a los desafíos que sufrió en este período el PC, que fueron muchos e involucraron varios frentes; en este sentido, la marcada continuidad de la actividad cultural no debe leerse como el indicio de una situación sosegada. Así, deben considerarse los asuntos operativos vinculados al funcionamiento del aparato del partido; no faltaron en el período etapas de ilegalidad y prohibiciones, que afectaron también a otros actores políticos, en particular, al peronismo, tratado con modos mucho más rudos que fueron desde los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 hasta la anulación de elecciones en las que había resultado vencedor. Retornando a la situación del PC, en abril de 1957, por ejemplo, Rodolfo Ghioldi y Héctor Agosti, entre muchos otros dirigentes y militantes, fueron encarcelados en la Operación Cardenal; se registraron más adelante prohibiciones de encuentros previstos, congresos del partido realizados en la clandestinidad y hostigamiento policial a los militantes.

Por otro lado, como se ha señalado ya muchas veces, la cuestión peronista era el eje del conflicto político. Ella tenía múltiples caras: para algunos, su solución era lisa y llanamente la liquidación del peronismo; la cooptación también se consideró. Para otros, peronistas esta vez, que destacaban los apoyos populares y el arraigo en el movimiento obrero, era evidente que cualquier salida que no los tuviera en cuenta como un actor decisivo resultaba intolerable. El movimiento, a su vez, cambiaba, y a partir de la experiencia de la Resistencia, su represión, y más adelante de Cuba, los sectores combativos ganaban visibilidad, aunque los más tradicionales poseían también presencia muy fuerte. Sin ser la única, la franja de izquierda del campo cultural y político argentino tomó nota de algunos de estos datos y, como hace tiempo señaló Oscar Terán, inició una reinterpretación del fenómeno peronista. Es un indicio de ese proceso el cuestionario que Carlos Strasser preparó para el libro que llevó por título *Las*

izquierdas en el proceso político argentino, que apareció en 1959. Entre las preguntas, planteadas a un amplio elenco de dirigentes de izquierda, figuraban las que siguen: “La política económico-social del peronismo, ¿puede llamarse de izquierda? ¿Fue fascismo? ¿Fue bonapartismo? ¿Fascismo y bonapartismo según la época? ¿Puede ser identificada con la de Yrigoyen en una común línea popular? ¿Puede ser asimilada con la que observan los movimientos de liberación nacional de Asia y África?” (23). Las alternativas ofrecidas son muchas, pero algunas de ellas no hubieran siquiera figurado en un ensayo semejante que se hubiera realizado pocos años antes. Es además visible que, en algún sentido, la reinterpretación de los diez años del peronismo en el poder significaba la realización de un ejercicio de construcción de imágenes del pasado; en esta oportunidad no se ha ensayado el análisis de esta cuestión, que por su envergadura reclama un estudio específico.

Son también conocidos los fenómenos internacionales que conmovieron a la izquierda y al PC en particular: la invasión de las tropas soviéticas a Hungría en 1956, las luchas por la descolonización, en algunos casos victoriosas, la Revolución Cubana, el conflicto con Mao son algunos de ellos y dibujaban un escenario incierto y dinámico.

Sin embargo, a pesar de esos sucesos locales e internacionales, y del cambio de tonos que promovían en las propuestas comunistas, algunas certezas importantes se mantuvieron firmes en medio de los conflictos. No se modificó, por ejemplo, el diagnóstico asumido a fines de los años veinte, que indicaba que los países latinoamericanos eran colonias o semicolonias. La noción de país dependiente, de circulación amplia en otros ámbitos, no estaba arraigada allí aunque no le era del todo ajena, ya que Lenin la había utilizado en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, de 1916³. De esa caracterización se seguía que el tipo de transformación social que en la Argentina podía y debía impulsarse era una revolución democrático-burguesa en su forma agraria y

³ Me permito remitir a Cattaruzza, Alejandro: “¿Qué historias serán las nuestras? Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”, en Aguirre, Carlos (ed). *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e izquierda en América Latina*. Raleigh: A Contracorriente, 2013. En páginas 383 y 384 se propone una bibliografía amplia sobre el PC argentino.

antimperialista. En la prensa comunista de los años sesenta, estas consignas aparecían con frecuencia, a veces de manera textual y otras apenas maquilladas: la revolución democrático-burguesa se transformaba ocasionalmente en revolución democrática en algunos volantes y folletos, quizá presumiendo que la primera fórmula reclamaba unas explicaciones excesivas para la tarea de propaganda.

Otra concepción que dependía de aquellas convicciones ya antiguas era la del PC como partido nacional; ella comenzó a hacerse visible con claridad hacia 1935 pero se había insinuado previamente, a pesar quizás de la propia voluntad del partido, asociada a los diagnósticos que se acaban de mencionar. Como se verá, el lenguaje comunista estaba en los años sesenta cruzado de referencias a la independencia, la conciencia, la tradición y el alma nacionales, así como a los frentes patrióticos que debían construirse y hasta al ser argentino o al ser nacional, una pieza discursiva que había sido la de varios nacionalismos desde el Centenario y, más aún, en los años treinta. En un momento del período analizado aquí, incluso, algunos autores publicaron notas en la prensa del PC criticando lo que llamaban con pocas precisiones “cosmopolitismo”, que al parecer entendían vinculado al imperialismo⁴. Durante los años sesenta, la llamada izquierda nacional y el nacionalismo y el peronismo de izquierda llevaban adelante también exploraciones sobre aquel ser nacional. Quizás deba aclararse ya que estas observaciones no constituyen una toma de posición acerca de si el PC era efectivamente un partido nacional –en cualquiera de los sentidos que pueden darse a esta caracterización– o no lo era, sino indicar que no resignaba esa condición ante quienes la impugnaban. Esa imagen que el comunismo plantea de sí mismo dice algo de su propia visión del mundo.

Así, haciendo evidente la persistencia por casi treinta años de caracterizaciones, objetivos y razonamientos, en mayo de 1956, en *Cuadernos de Cultura*, Héctor Agosti repetía que en el centro del programa comunista estaba “la realización de la revolución democrático burguesa, conducida por la clase obrera y su partido de vanguardia, que en las condiciones argentinas asume –

⁴ Ver sobre esta cuestión Petra, Adriana. “Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)”. *Contemporánea. Historia y Problemas del siglo XX* n° 1 (2010): 51-74.

necesariamente- carácter agrario y antimperialista” (““Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas” 124). Agosti indica, en la página 133, que el país necesita ahora ser realmente una nación” y “para ello es imperioso liberarse del imperialismo” y “de las rémoras feudales que impiden la expansión auténtica de las fuerzas productivas argentinas”. El razonamiento continúa señalando que “ese es el programa de la democracia burguesa que la burguesía argentina fue incapaz de realizar, y ese es el programa que ahora se propone realizar el proletariado, al frente de todo el pueblo, por lo cual la clase obrera y su partido aparecen históricamente, a pesar de los ladridos reaccionarios, como el más nacional de los grupos sociales argentinos” (133). Según Agosti, entonces, una actitud nacional en el pasado, en tanto antifeudal; nacional en el presente, en tanto opuesta a las rémoras feudales y antimperialista; nacional en el futuro, porque culminaría la revolución pendiente que haría del país una nación.

3) A los rasgos ya mencionados de los debates políticos y culturales librados en los años sesenta debe sumarse, a la hora de analizar las construcciones de imágenes del pasado, un proceso de singular importancia: la expansión del revisionismo. Es ésta una cuestión de mucho interés para los estudios de historia de la historiografía y de los usos del pasado, que tuvo lugar en el contexto de un proceso más amplio de crecimiento y modificación de los públicos lectores⁵. Si se dejan fuera por un momento los contenidos de las narraciones revisionistas, lo más relevante del fenómeno podría plantearse de este modo: unas interpretaciones históricas que habían sido acuñadas por un reducido grupo de intelectuales y hombres de letras dedicados a la historia, los revisionistas, a partir de mediados de los años treinta, se transformaron en los años sesenta en un relato de gran circulación social que lo llevó más allá de los públicos cultos. Esa expansión fue resultado del encuentro entre el revisionismo y el peronismo, que lo hizo su propia versión del pasado nacional. A pesar de que

⁵ De la amplia bibliografía disponible sobre la cuestión de los públicos, véase el trabajo ya clásico de Oscar Terán: *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur, 1991.

el peronismo había cosechado el apoyo de algunos revisionistas entre 1946 y 1955, las políticas del Estado peronista hacia el pasado fueron más tradicionales; el encuentro pleno se produjo, paulatinamente, luego del derrocamiento de 1955; a esta cuestión se volverá más adelante. Es entonces esa apropiación la que explica la capacidad del revisionismo de ampliar sus auditorios; es su condición de posibilidad: un movimiento político masivo y con gran capacidad de movilización, que adopta una imagen del pasado como propia y la hace un dato firme de su lectura política, difundíendola y utilizándola para distinguirse de sus adversarios. De todas maneras, debe tenerse en cuenta que en las zonas del nacionalismo antiperonista, el revisionismo también hacía pie.

Los revisionismos de los sesenta, por otra parte, incluían una versión socialista, vinculada a las agrupaciones de la izquierda nacional que apoyaban al movimiento peronista; sus héroes eran antes los caudillos federales del interior que Rosas, preferido del revisionismo inicial. A pesar de los matices existentes entre los varios grupos, el conjunto del revisionismo denunciaba la falsificación de la historia por parte de los sectores dominantes y la acción más que secular del imperialismo contra la nación, a la que la primera había sido funcional. Esas eran convicciones básicas y compartidas por los distintos revisionismos, más allá de diferencias existentes en otros planteos; ellos fueron importantísimos actores del debate cultural en los años sesenta, y desafiaron sistemáticamente las posiciones comunistas sobre el pasado. *Cuadernos de Cultura* solía discutir los argumentos del revisionismo, fundamentalmente los del más tradicional, y llegó a publicar, en su número 60, de noviembre-diciembre de 1962, un largo trabajo de Lucía Sala de Tourón y Pedro Velazco titulado “En torno al revisionismo histórico uruguayo”, de tono académico muy marcado, que hacía clara esa decisión.

4) Poco antes del comienzo del período estudiado, en 1951, Juan José Real, alto dirigente del PC, publicó un *Manual de Historia Argentina*. La Comisión de Estudios Históricos del Comité Central expresa haber encomendado a Real la tarea, que fue llevada adelante por un grupo de historiadores y planteada como una respuesta a los argumentos del revisionismo rosista. En el libro, la

colonización era vista como la empresa de una España donde el feudalismo campeaba, que consiguió que “el sistema de opresión y producción feudal” se impusiera en América” (29). Poco después, en julio de 1952, Julio Notta, al mismo tiempo erudito e indignado, dedicaba el artículo titulado “Levene: falsificador de Wall Street”, publicado en *Cuadernos de Cultura*, a la discusión de la tesis de Ricardo Levene que indicaba que América no había sufrido una dominación colonial; Levene era figura central de la que, desde 1916, se denominaba Nueva Escuela Histórica, un grupo de historiadores de fuerte implante universitario y vocación profesional. Decía allí Notta que tal dominación, que efectivamente había tenido carácter colonial, “se asentaba en la persistencia de un conjunto de trabas feudales y esclavistas a la circulación y a la producción mercantil” (78). Benito Marianetti, otro importante dirigente, acusaba en 1955 a su vez a Ernesto Palacio de hacer “la apología de la España feudal” que había llevado adelante la conquista (“Nuestra historia y el revisionismo rosista” 8). Palacio había presentado la primera historia argentina de conjunto propuesta por el revisionismo ese año. En los tramos finales del gobierno peronista, entonces, los intelectuales comunistas atentos a cuestiones históricas encontraban cómo diferenciarse de los dos grandes actores historiográficos del escenario argentino, el revisionismo y la Nueva Escuela.

Producido ya el golpe de Estado de 1955, Álvaro Yunque, otro miembro del partido de trayectoria larga en el mundo literario, señalaba en su *Breve historia de los argentinos* de 1957 que “el medioevo se perpetuaba en la Península” (34), lo que no le impedía expresar cierta simpatía por los participantes del proceso de conquista, que “habían salido de la gran masa del pueblo español” y “se dieron a la obra de conquistar y colonizar un nuevo mundo con la ingenua genialidad” popular. Esa observación, deber reconocerse, desentonaba en la producción comunista.

La conquista y el período colonial no eran asuntos secundarios para la historiografía, al punto que muchas discusiones de mediados los años sesenta y comienzos de los setenta, libradas por historiadores profesionales, estaban vinculadas a ella en lo que se solía concebir como el debate sobre los modos de

producción en América Latina, que empalmaba a su vez con el relativo a la dependencia y al subdesarrollo. Esas discusiones tenían también un costado político, ya que se jugaba allí la posibilidad de que no hubiera revolución democrático-burguesa por continuar y acabar, y que el único capitalismo posible para América Latina fuera el que se vivía, deformado, dependiente, subdesarrollado, de modo tal que la revolución socialista era la única alternativa que quedaba en pie. En una muestra de cómo se entramaban las discusiones académicas y políticas, Carlos Sempat Assadourian sostenía en 1971 que “la dura realidad del subdesarrollo recorre toda la década latinoamericana del 1960” y que ni la violencia revolucionaria ni el cambio en el marco del capitalismo habían sido exitosas, pero que esas propuestas “quemaron etapas ideológicas a un ritmo vertiginoso y corroyeron el mito ortodoxo de la *revolución democrático burguesa*” (47)⁶. Casi una observación directa hacia el tradicional diagnóstico del PC, donde Assadourian había militado para participar luego en la experiencia de *Pasado y Presente*. La crítica se proyectaba hacia el pasado, ya que si estos países eran colonias o semicolonias, como había establecido el partido hacía años, tal condición exigía que no se hubiera producido una revolución democrático-burguesa plena, que era la que quedaba pendiente. Es aquí donde entra, en el esquema histórico del PC, la cuestión de la Revolución de Mayo.

Desde hacía mucho tiempo Mayo se había convertido en uno de los centros de la nacionalidad para el universo cultural y político argentino, circunstancia que las conmemoraciones del Centenario al tiempo revelaron y ratificaron hacia el futuro. Esa posición gozaba de consensos amplios incluso más allá del mundo de los intelectuales, que se extendían a vastos sectores sociales, y todo el aparato estatal, en sus distintos niveles, tendía a conmemorar la fecha como la de, al menos, la evidencia de la existencia de la nación. El comunismo se mantuvo reacio a la celebración de Mayo hasta 1935, con algunas excepciones entre las que destaca Aníbal Ponce, uno de los héroes culturales del comunismo local a pesar de no haber sido un afiliado formal. Pero a partir de esa fecha, en su búsqueda de integración a la comunidad política que asumió la

⁶ Cfr. Assadourian, Carlos. "Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina". Assadourian, Carlos et. al. *Modos de producción en América Latina*. Cuadernos de Pasado y Presente/40. México D.F.: SigloXXI, 2005 [1973]. 47-82.

forma del impulso a los Frentes Populares, el partido tomó posición ante la Revolución de Mayo y la hizo también suya. Eduardo Astesano y Rodolfo Puiggrós dedicaron sus libros de comienzos de los cuarenta al tema. Así, en el período que analizamos, Mayo formaba parte central de la “herencia progresista” con la cual el PC buscaba filiarse. En el *Manual de historia argentina* de Real ya citado, el capítulo correspondiente se titula “El movimiento de liberación nacional de Mayo de 1810”, y en el artículo firmado por Marianetti mencionado más arriba el autor ratifica el “contenido progresista y democrático” de 1810 y agrega que “Mayo es la piedra de toque para saber ‘quién es quién’ en este país argentino” (11). Leonardo Paso, el intelectual comunista más sistemáticamente dedicado a los estudios históricos en estos tiempos, señalaba en abril de 1964 y en esta misma línea interpretativa que “la nación existe a partir de Mayo” (“La crisis del liberalismo y sus críticos” 28).

Hacia 1960, la conmemoración de los 150 años de Mayo había llevado al PC a dedicar el número 47 de *Cuadernos de Cultura* a la Revolución, con estudios específicos y de distinto rango y calidad: Paso firmaba el artículo “Dos aspectos de la estructura colonial”, José Carlos Chiaramonte el titulado “La cuestión agraria en Mayo”, Berta Perelstein –quien luego sería conocida como Berta Braslavsky– la nota “Mayo y la educación”; también Agosti, Marianetti y Portantiero hacían sus aportes.

La primera nota llevaba por título “Mayo es el pueblo”; en el número 47, Agosti ofrecía la imagen de una revolución democrático-burguesa trunca: “Si el movimiento de Mayo representa en sus orígenes este impulso popular, ello acredita sin duda el tamaño de la defraudación histórica que implica la revolución interrumpida” (“Mayo es el pueblo” 4). La cuestión de la tierra, continúa Agosti, clave en la liquidación del “feudalismo criollo”, se saldó en beneficio de los latifundistas. La “incipiente burguesía criolla” es “socialmente impotente” para solucionar a su favor, y a favor de las masas populares, la cuestión de la tenencia de la tierra (5). Argumentos muy semejantes, en cuanto a lo incompleto de la revolución democrático-burguesa italiana, había planteado Gramsci hacía tiempo y recuperado Togliatti, como el propio Agosti señala en

1966. Ese mismo año, en el número 81 de la publicación, Agosti insistiría en la imagen de la revolución interrumpida, que había anticipado en su libro sobre Echeverría. En la misma línea de reivindicación de Mayo, y de aquellos que formaban su “ala izquierda”, *Cuadernos de Cultura* incluirá una tapa con la imagen de Mariano Moreno en su número 76, de mayo-julio de 1965; allí se apela nuevamente a la noción de revolución incumplida.

Muchos años más tarde, en 2014, una de las organizaciones sobrevivientes a la dispersión que sufrió el comunismo local a fines del siglo XX, que mantenía formalmente el nombre Partido Comunista de la Argentina, junto a la Federación Juvenil Comunista, presentaba un volante, casi un folleto corto, titulado “25 de Mayo de 1810, a 204 años de la REVOLUCIÓN INCLONCLUSA”. Se convocaba allí a organizar un frente en torno a un “programa de liberación nacional y social” que “inspire a nuestro pueblo a dar batalla y culminar, definitivamente, la epopeya iniciada ese 25 de Mayo de 1810”⁷. Por debajo de tantos cambios, algunas imágenes resistieron y, quizás, tomaron nuevos sentidos.

Otro hito positivo que, en los años sesenta, la mirada comunista sobre el siglo XIX reconoce se ubica en la gestión de Rivadavia; el aprecio a su figura no registra disidencias notorias, así como también es unánime la condena de la política de Rosas. En *Cuadernos de Cultura*, más allá de las evocaciones al pasar, Leonardo Paso dedica varios estudios a su vinculación con la llamada “línea de Mayo”; en 1960, publicó por Fundamentos el libro *Rivadavia y la línea de Mayo*. El propio Paso agrega a las conocidas apreciaciones favorables sobre su política hacia la iglesia y la Ley de Enfiteusis, un argumento consistente con la imagen de una etapa de la colonia feudal con algunas zonas de comercio más avanzadas en el litoral y de un Mayo democrático-burgués, pero fallido: “Rivadavia estuvo más cerca de constituirnos como nación que Rosas”. Avanzada de la burguesía, Rivadavia no podía menos que combatir el feudalismo y es por eso que su política era nacional (“La lucha por la hegemonía cultural” 87). La galería de héroes comunistas se construía así sobre la certeza de esta secuencia: los tiempos coloniales, feudales, habían sido quebrados por un “hecho nacional”, Mayo; la política de Rosas significaba una traición a Mayo y un retorno a los

⁷ Disponible en nuestro archivo; mayúsculas en el original.

tiempos feudales de la colonia. Así, “lo nacional” era aquello que iba en contra del feudalismo –la colonia y Rosas–, y enhebraba 1810 con Rivadavia y el antirrosismo. Echeverría y Sarmiento, por ejemplo, se incorporaban con comodidad al linaje apreciado por el PC.

Era ésta la versión comunista de una práctica corriente desde al menos los años treinta, como era la construcción por parte de los partidos políticos de líneas históricas sumarias, sostenidas en los nombres de próceres. Álvaro Yunque la había ejecutado en 1957, cuando manifestaba que “si el pueblo argentino” tuvo “un Moreno, un Rivadavia, un Belgrano, un San Martín, un Alberdi, un Mitre, un Sarmiento”, fue porque a través de su lucha “mereció tenerlos” (10). Menos pobladas, por esos mismos años habían fraguado otras versiones de las líneas históricas, a cargo de otros bloques político-culturales: el sector más liberal y antiperonista del golpismo de 1955 había estabilizado la llamada línea Mayo-Caseros, que rescataba el momento de 1810 y el derrocamiento de Rosas a manos de Urquiza y, naturalmente, se extendía hasta su propio presente: el golpe de 1955. El peronismo, a su vez, había forjado la línea San Martín-Rosas-Perón, asumiendo una versión revisionista del pasado que no había abrazado desde el gobierno; estos asuntos se retomarán más adelante. Con ellas venía a competir y a coincidir parcialmente al mismo tiempo, entonces, esa galería de “héroes históricos” que organizaba Yunque.

Así planteadas, las cercanías entre la versión liberal y la comunista se extendían con claridad hasta Caseros, y quizás hasta el período posterior a la batalla de Pavón, librada en 1861, a pesar de algunos matices y de las diferencias más profundas que se insinúan en las razones que hacen que unos y otros exalten a cierta figura. Pero más allá, hacia fines del siglo XIX, las distancias se hacían más notorias. En 1956, Agosti sostenía que “la singularidad del fenómeno cultural argentino deriva de la existencia de la oligarquía terrateniente más poderosa de América, la más consciente de sus fines de clase y la más fortalecida en su poder. Esta clase fue la que deformó sutilmente la cultura argentina, apartándola del sentimiento nacional y popular de sus orígenes. Las seducciones del cosmopolitismo fueron amañadas por la presencia del imperialismo

extranjero, que al mismo tiempo que aceleraba la integración argentina a la economía mundial del capitalismo debilitaba las defensas ideológicas del sentimiento nacional” (134-135). Puede leerse, por debajo de los argumentos, la alusión al proceso que arranca hacia 1860 o, quizás, a su profundización a partir de 1880.

Unos años más tarde, en marzo de 1958, *Cuadernos de Cultura* publicó el trabajo de Paulino González Alberdi, también notorio dirigente del partido, titulado “Nuestra oligarquía ‘liberal’ y el capital extranjero”. Este trabajo es la respuesta que González Alberdi ofrece a algunos argumentos del “compañero Manlio Elvio Macri”, que en el número anterior había presentado un artículo sobre Agustín Álvarez. El carácter de la nota de González Alberdi ratifica un punto mencionado con anterioridad: el PC se permite debates y matices, aún acotados. La discusión excede la situación argentina, pero sobre ella plantea González Alberdi:

Un país con una casta ganadera terrateniente como clase gobernante, interesada en la valorización de los productos de sus campos y de estos mediante la compra de esos productos por los capitalistas extranjeros, que buscaban alimentos y materias primas baratas para las metrópolis, además de altos beneficios. La casta terrateniente entregó, especialmente en el período de los Roca y los Juárez Celman, las llaves de la economía nacional (ferrocarriles, frigoríficos, negocios de exportación e importación, bancos, servicios públicos, etc.) a los capitalistas extranjeros que aseguraban la venta de sus productos, especialmente a los capitalistas ingleses (88).

A continuación, se evocaba la famosa cita de Lenin acerca del carácter dependiente de la Argentina. Poniendo en duda el liberalismo de aquellos dirigentes, continúa el autor: “Pero creo que no puede negarse su desprecio al pueblo, al que impidieron votar; sus relaciones sociales ‘patriarcales’ impuestas al peón de sus estancias y sus relaciones sociales con resabios precapitalistas impuestas al chacarero de sus tierras; el comisario bravo y el caudillo omnímodo en el interior; el fraude, el asalto de urnas en los atrios, las trenzas de gobernadores y el unicato; el cepo, la persecución a los obreros, la ley de residencia son fruto de esos gobernantes ‘liberales’” (92).

Una opinión corriente, incluso entre los historiadores, se ve vulnerada por estos planteos, que parecen más propios del arsenal del revisionismo en muchas

de sus vertientes que de la visión histórica que se atribuye al Partido Comunista. Sin embargo, ellas son consistentes con las posiciones que la organización venía sosteniendo desde mucho tiempo atrás: en 1933, Aníbal Ponce denunciaba que el imperialismo inglés se hallaba “tan seguro en sus firmes posiciones de amo que todas las obras que emprendió en las semicolonias no consultaron para nada los intereses de éstas, sino las ventajas que pudieran reportar a la metrópolis”. Las políticas inglesas habían llevado al “vasallaje cada vez más acentuado de las burguesías aborígenes” (“Las masas de América Latina contra la guerra en el mundo” 124-125)⁸. Rodolfo Ghioldi, ese mismo año, sostuvo que “bajo el signo del capital inglés”, el país había sido “fuente de materias primas para su industria, fuente alimenticia, mercado para la colocación de sus capitales, de sus productos manufacturados y de sus maquinarias: esto fue Argentina durante ese tiempo, y sobre todo desde 1880 en adelante” (“Actualidad” 3).

Es que la observación de Lenin en torno al carácter dependiente de la Argentina tenía sobre las visiones del pasado una eficacia semejante a la que poseía el diagnóstico acerca del carácter colonial del país; si esta última obligaba a entender que en el pasado no se había producido una revolución democrático-burguesa plena, la primera obligaba a considerar que la Argentina se había incorporado al mercado mundial a fines del siglo XIX en una situación de subordinación a los intereses imperialistas de Gran Bretaña. Como había ocurrido en los años treinta, en los sesenta la crítica combinada de los varios revisionismos, peronistas o socialistas, lograba un gran éxito al convencer a franjas amplias de militantes políticos y culturales de que la visión que el PC proponía del pasado era en todo coincidente con la liberal.

5) Al menos en la producción más formal de *Cuadernos de Cultura*, los artículos y referencias a períodos posteriores es bastante menos frecuente; del *Manual de Real* sólo se publicó el primer tomo, que culmina con el estudio de los tiempos de Rosas, mientras que la *Breve historia* de Yunque ofrece apenas algunas notas muy breves. En el caso de las presidencias de Yrigoyen hay algunas alusiones

⁸ Hemos apelado a esta cita y a la que sigue en artículos publicados con anterioridad.

dispersas que lo conciben con una expresión de la democracia burguesa, por ejemplo.

En este sentido, es llamativa la escasa atención prestada en los sesenta a un período que estaba convirtiéndose en un problema historiográfico importante: los años treinta. Como ocurría en otras agrupaciones, varios de los más conocidos dirigentes con presencia en el mundo cultural del PC habían sido protagonistas políticos e intelectuales muy activos de los combates de aquella década; así ocurría con Agosti, Marianetti, Giudici, González Alberdi y Rodolfo Ghioldi, entre otros. Ellos habían llevado adelante buena parte de las prácticas que se desplegaban en la zona de encuentro entre la política y la cultura en los treinta: ocuparon cargos partidarios, fueron candidatos en elecciones y militantes clandestinos a veces, publicaron libros y artículos sistemáticamente, sufrieron cárcel y dirigieron revistas. El PC, por otra parte, no había sometido a crítica sus políticas de la década abierta en 1930, lo que habilitaba su recuperación aún parcial. Sin embargo, en los años sesenta ninguno de aquellos intelectuales exploró con continuidad los años treinta, y ni siquiera, como hizo Jauretche con los de FORJA, recogió y publicó papeles del partido; el partido no advirtió la importancia que los años treinta estaban adquiriendo en los conflictos por el pasado y la relevancia que la postura ante ellos asumía para la política presente.

Así, luego del derrocamiento de Perón, se publicó un buen número de trabajos que, desde distintas perspectivas ideológicas y desde disciplinas diversas, con aspiraciones académicas o de intervención plenamente política, ofrecieron interpretaciones fuertes y duraderas, y también diferentes entre sí, de los años treinta. La mayoría de ellos alude a ese período en el marco de análisis más amplios, pero le concede una atención particular; otros, están en cambio centrados en aquellos años.

Un repaso de esos trabajos, ordenados cronológicamente, indica que Rodolfo Puiggrós publicó, en 1956, su *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, que sería reeditada con cambios importantes en 1966. También en 1956, José Luis Romero incluyó un nuevo capítulo dedicado al proceso posterior a 1930 en *Las ideas políticas en la Argentina*, cuya primera versión, de 1946, se

detenía precisamente en 1930. Jorge Abelardo Ramos, figura central de la izquierda nacional, presentó en 1957 *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, mientras Juan José Hernández Arregui iniciaba una serie de obras exitosas con *Imperialismo y cultura*, donde los años treinta eran un período especialmente atendido. Desde el radicalismo intransigente, y con visible intención de intervenir en la disputa por la identidad partidaria, Félix Luna publicó *Alvear*, en 1958, en gran parte dedicado a los años treinta; en 1954 había presentado *Yrigoyen*. En la mirada de Luna, era ellos los jefes de dos radicalismos, uno auténtico y otro claudicante; del primero, claro, sería heredero la UCRI. En tanto, en los números 9-10 de la revista *Contorno*, Ismael Viñas ofrecía una imagen general de aquella época en 1959. Al conjunto debe sumarse el libro de Gino Gemani, *Política y sociedad en una época de transición*, de 1962, que logró cierto éxito de público; allí, el período 1930-1943 se tornaba crucial para la comprensión del proceso histórico posterior. El ex militante forjista, devenido peronista en 1945, Arturo Jauretche, editó en 1962 *Forja y la década infame*, un volumen que apareció bajo el sello de Coyoacán, vinculado a la izquierda nacional. A su vez, en *La economía argentina*, un estudio de 1963 que tendría gran poder en la formación de imágenes del pasado y muchas reediciones, Aldo Ferrer reconocía también en 1930 la apertura de un período específico e importante. Ese mismo año, Alberto Ciria presentaba *Partidos y poder en la Argentina moderna*, dedicado al período 1930-1943, que fue durante varias décadas un libro obligatorio para quien se iniciaba en la investigación de la época. Romero, por su parte, publicó en 1965 *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, que también reconocía rasgos específicos de la etapa. En ese año, la revista *Fichas de Investigación Económica y Social*, presenta en el número 3 y el número 7 los trabajos de Milcíades Peña sobre la década abierta en 1930, que habían sido redactados entre 1955 y 1957.

Finalmente, debe mencionarse que en 1958 habían aparecido dos compilaciones: el número 3 de la *Revista de Historia*, que reunía varios trabajos bajo el título “La crisis de 1930” y *Tres revoluciones (Los últimos veintiocho años)*, un ciclo de conferencias sobre los golpes de Estado de 1930, 1943 y 1955,

compilado por Carlos Strasser. En el primero se registra la intervención de Ricardo M. Ortiz, quien se dedicaba a temas de historia económica y social y se encontraba vinculado al PC.

La larga enumeración evidencia que, más allá de la diversidad de interpretaciones, los años treinta se habían transformado en una cuestión frecuentada que se hallaba en el centro de una disputa interpretativa, o de varias, todas ellas decisivas. Es que, tal como se configuraban las imágenes de ese período, éste tendía a ser visto como dotado de una unidad de sentido que encerraba las claves para la explicación de aquel otro enigma apremiante, el peronismo. Fue por entonces cuando la denominación “década infame”, originalmente nacionalista y ceñida al período 1932-1943 de modo de salvar de tal calificativo al período de Uriburu, adquirió otros sesgos ideológicos, se extendió temporalmente al tramo que va del golpe de 1930 al de 1943 y consiguió implantarse con éxito en el lenguaje político⁹.

Pero, como se indicó, el PC parece no haber percibido esta circunstancia. En el caso de *Cuadernos de Cultura*, se registran algunas alusiones en trabajos de historia económica así como la apertura, a partir del número 29 de mayo de 1957, de una sección llamada “Para un camino argentino”, que está “destinada a ofrecer nuevos elementos para la evaluación de nuestro panorama político-social de los últimos 25 años”, donde aparecerá el artículo de Berta Perelstein que se cita más adelante. Tiempo después, la revista publicita la venta de un libro que recoge varios de los artículos presentados en esa sección. En cualquier caso, el PC no parece haber ensayado con frecuencia la entrada al problema del peronismo a través del estudio de los años treinta, ni haberlos estudiados por el interés que podían tener por sí mismos.

Por su parte, la cuestión de las miradas del PC sobre el peronismo es particularmente compleja y sólo puede ser analizada brevemente aquí, aún si se considera que el derrocamiento situaba al peronismo, potencialmente, en un

⁹ Se sugiere, sobre esta cuestión, la consulta del libro de Darío Macor: *Imágenes de los años treinta. La invención de la década del treinta en el debate político-intelectual de la Argentina sesentista*, Santa Fe: UNL-Documento de trabajo n° 3, 1995.

pasado reciente¹⁰. En los últimos años del gobierno peronista, el semanario *Nuestra Palabra*, editado por el Comité Central, recuperaba, atenuadas, algunas de las caracterizaciones que habían circulado casi una década atrás. Así, el 30 de marzo de 1954 aludía a las “formas fascistas que el gobierno ha impuesto a la campaña electoral” (3); pocos días luego de producido el golpe de Estado, el 27 de septiembre de 1955, caracterizaba al Estado de Perón como uno “de tipo corporativo, fascista” (3). A su vez, en marzo de 1956 la policía impidió la reunión de la primera conferencia nacional de intelectuales comunistas; en el informe preparado para ser leído allí, que luego publicó *Cuadernos de Cultura* en su número 25, Agosti entendía, nuevamente, que la “dictadura justicialista” había constituido un “ensayo corporativo-fascista” (124), insistiendo en fórmulas conocidas. En marzo de 1959, Leonardo Paso, en discusión velada con el revisionismo, objetaba la idea de que el apoyo popular al rosismo y al peronismo fuera expresión del “carácter nacional” de ambos movimientos, ya que ellos “contaron con dicho apoyo para justificar precisamente un programa antinacional y antipopular” (85). En un ensamble llamativo para el canon interpretativo de la época, Paso señala respecto al peronismo que “el irracionalismo y el cosmopolitismo en el campo de la cultura y la educación fueron entonces la base de su política como forma de destruir el desarrollo de una auténtica conciencia nacional” (78). Estas caracterizaciones no impedían las convocatorias coyunturales a participar de ciertas acciones políticas comunes.

6) Se ha indicado aquí que el PC no cedía su condición de partido nacional, sino que planteaba incluso que su tarea era, al menos en principio, la construcción de una nación plena, y que para ello se inspiraba en tradiciones auténticamente nacionales: Mayo, Moreno, Rivadavia eran algunas de las estaciones de ese linaje. Pero en el mundo cultural argentino habían comenzado a explorarse otras tradiciones nacionales hacía mucho tiempo. En el período analizado, ideas de nación y de nacionalidad afincadas en supuestas culturas homogéneas de base

¹⁰ Véase Jáuregui, Aníbal. “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino 1945-1953”, en Aguirre, Carlos, ya citado.

rural y telúrica, en muchas ocasiones denominadas “gauchescas” sin más precisiones, que remitían también a un anclaje que se pretendía popular, circulaban con intensidad. Algunas retomaban el tópico del Centenario, que había conocido alguna versión anterior, e instalaban las “auténticas tradiciones argentinas” en el interior extrapampeano. Ello permitía trazar largos enlaces: se trataba del interior donde, en tiempos coloniales, se había desarrollado una industria aún modesta bajo la barrera proteccionista que suponía el monopolio; era el interior en rebelión contra unitarios y liberales con base en Buenos Aires; el interior miserable en razón de no hallar su lugar en la Argentina de la agroexportación; el interior que aportaba las masas ahora nacionales, por provenir de allí, al peronismo, quince años después del final de la gran inmigración.

Algunos intelectuales vinculados al comunismo no eludieron la consideración, aún precavida, de estas otras alternativas para el diseño de una tradición cultural de carácter nacional, y *Cuadernos de Cultura* acogió su producción. De este modo, en diciembre de 1955, Amaro Villanueva,¹¹ siempre atento a la producción referida a las cuestiones folklóricas y de la tradición, apreciaba el libro de Isabel Aretz titulado *Costumbres tradicionales argentinas*, publicado por Raigal, ya que trataba “con rigor científico aplicado con amor” las “manifestaciones artísticas del alma nacional” que, entendía, eran al tiempo folclóricas (“Folklore sin improvisación” 162; expresiones semejantes aparecerán en el número 33 de diciembre de 1957). En alusión a la política cultural peronista, Villanueva recurre a la noción de cosmopolitismo que utilizaron por entonces también Agosti y Paso, y sostiene que “es evidente que se intentó provocar en las fuentes auténticas, en los manantiales del espíritu nacional, el mismo desorden que ya se ha adueñado de ciertas esferas cultas por la vía del cosmopolitismo disfrazado de cultura. En otros términos, trasladar la degradación a lo único que hasta ahora se había mantenido incorruptible: las creaciones populares”. El imperialismo, a su vez, combate contra “la estructuración de las culturas

¹¹ Sobre Villanueva, así como sobre muchos de los temas tratados aquí, véase Aricó, José. *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires: Puntosur, 1988, en particular los apéndices 2 y 3.

nacionales” y el autor registra una “ofensiva de degradación contra nuestro folklore” (163).

Pocos números después, en el número 26 de julio de 1956, Samuel Schneider presentaba sus “Notas sobre el gaucho”. Schneider volvería varias veces a esta cuestión en las páginas de la revista, para publicar finalmente buena parte de esos materiales en *Proyección histórica del gaucho*, que Procyón, una de las editoriales cercanas al partido, presentó en 1962. Schneider, de todos modos, se aproximaba críticamente a las reflexiones metafísicas y literarias en torno a la figura de gaucho.

Quizás pueda leerse en estas intervenciones un indicio más de que el PC no sólo se concebía un partido nacional sino que asumía ciertas discusiones de época en torno a qué sentido tenía esa definición. El partido disponía de una respuesta, que ubicaba lo nacional en Mayo, Moreno, y las líneas que aquí se han mencionado, pero se permitía otras consideraciones. De este modo, el segundo trabajo presentado en la sección “Para un camino argentino” fue el de Berta Perelstein titulado “Primeras interpretaciones del ser nacional”, publicado en el número 30 de julio de 1957. Se trata de un trabajo erudito y asentado, donde se examinan las posiciones de “los viajeros” –Ortega y Gasset, Keysserling y Waldo Frank– y de los argentinos Raúl Scalabrini Ortiz, Eduardo Mallea, Carlos Alberto Erro y Carlos Astrada; las obras de los locales cubren el período que va de 1930 a 1948. El conjunto estaría unido por la pretensión de desarrollar una “interpretación metafísica de la Nación”, que Perelstein somete a crítica proponiendo “el estudio de la Nación como hecho objetivo” (64). La autora agrega que, en el período investigado, “la conciencia nacional era ya fuerte en el pueblo y en nuestros intelectuales”, aunque estos, “conquistados por la invasión irracionalista, buscaban inoportunamente sus argumentos en el arsenal del enemigo: en los países que se planteaban el problema de la Nación como naciones que oprimían a otras”. Habrían recurrido, entonces, a argumentos propios del imperialismo alemán, en competencia con el inglés y el americano. Así, “estos conceptos que venían de la Alemania imperial y de Norteamérica, lejos de adaptarse a nuestra necesidad nacional nos condenan a la muerte,

porque nosotros estamos en el polo opuesto de país que para ser verdaderamente una nación necesita liberar sus energías económicas y culturales luchando contra el imperialismo”. Finalmente, propone Perelstein que la mayoría de los autores analizados “reconoció al imperialismo como el enemigo principal de la nación”, lo que amerita un llamado al “esfuerzo común” de “todos los intelectuales argentinos” con el objeto de “comprender mejor el problema de la nación” (65).

Ese año, ubicado en el espacio vasto y sin límites precisos del peronismo de izquierda y la izquierda nacional, Juan José Hernández Arregui tocaba también esos temas en su libro *Imperialismo y cultura*, ya citado aquí, al que seguirían luego los muy exitosos *La formación de la conciencia nacional*, de 1960, y *¿Qué es el ser nacional?*, de 1963. Es ocioso indicar que no se trata de coincidencias en las posiciones de Hernández Arregui y Perelstein, sino de otras cuestiones: la preocupación de una militante cultural comunista por asuntos relativos al ser nacional; lo próximo de las agendas de problemas; la insinuación de un área de debate en torno a ese eje, que no se estabilizó; la persistencia en la imagen nacional que el PC tenía de sí. Los trabajos de Héctor Agosti, entre los que destacan *Nación y cultura* y *El mito liberal*, ambos de 1959, se enlazan con el último punto mencionado.

En este sentido, José Carlos Chiaramonte, en su intervención en la Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas, esbozó un panorama interesante del debate político-cultural en el que el PC debía intervenir, jugando a varias bandas. En principio, Chiaramonte propone una discusión con un adversario que exhibe muchas caras: el nacionalismo, o las “variantes nacionalizantes”. En este caso, el autor se encara con el desarrollismo, comenzando por quienes se vieron seducidos por “esa dosis de ‘marxismo nacional’ que parecía tener el frondicismo” (“Los intelectuales comunistas y sus tareas” 122). Luego, impugna los planteos de quienes suponen que toda posición liberal es necesariamente oligárquica; en lo que hace a este punto, detecta posiciones semejantes entre la revista *Qué*, frondicista, y *Contorno*. También asume la crítica a la postura revisionista que propone *Mayoría* y, en las páginas de *Qué*, José María Rosa. Chiaramonte destaca además que “la necesidad de defender la herencia cultural

progresista del país de los ataques reaccionarios del revisionismo nacionalista no nos debe conducir a olvidar la necesidad de revisar la concepción liberal de la historia argentina en función del marxismo-leninismo” (124). Creía además necesario demostrar “la falsedad de aquellas posiciones ‘nacionales’ que repudiaban al comunismo por su presunta carencia de contenido nacional. Es necesario demostrar cómo el programa realmente nacional es el del Partido Comunista” (123).

Posiciones semejantes aparecen también en la prensa comunista en intervenciones más ocasionales: así, se aprecia al patriotismo y a los patriotas, sea ante la proximidad de un golpe de Estado como en 1966, sea para caracterizar a los lectores anhelados de una obra sobre Mariano Moreno de Julio Novayo, que serían “patriotas sinceros”, o para remitir a camaradas que actuaban en lugares tan lejanos como el Magreb (*La hora*, 19/6/1958) o España (*Nuestra palabra* 23/4/1963), o a los patriotas presos o perseguidos en tiempos del peronismo pero también bajo el gobierno de Guido (*Nuestra palabra*, 14/12/1954: 1; 8/1/1963: 3). H.L, por su parte, exalta en 1963 el “carácter patriótico del movimiento de liberación nacional en la Argentina” (*Cuadernos de Cultura* número 65: 127).

7) De aquellos adversarios delineados por Chiaramonte, los intelectuales comunistas prestaron particular atención a lo que el autor llama “revisionismo nacionalista”, y otros “revisionismo rosista”, adversario predilecto de Leonardo Paso, entre otros colaboradores. Se ha citado ya la intervención crítica que Benito Marianetti realizara en 1955 sobre la *Historia argentina* de Ernesto Palacio, uno de los revisionistas más destacados. Cinco años después, el propio Marianetti observaba que “los revisionistas rosistas han hecho un intenso trabajo de investigación” y “han publicado y publican muchos libros, artículos, revistas, etc.”. El autor reconocía que “ante la inoperancia de las tendencias cosmopolitistas [sic] y liberales ganan adeptos o siembran la duda”, para continuar denunciando que los revisionistas “llegan al desparpajo, con la complicidad de ciertos ‘dirigentes’ gremiales, de usar las tribunas sindicales para

hacer la apología de Facundo o de Rosas”; Marianetti llama a que los “cuadros sindicales y políticos” del PC “tengan una mayor preocupación por estas cuestiones de la historia” (“Sobre las líneas históricas argentinas” 18). Hacia fines de 1963, se deslizan críticas a la izquierda nacional y a “algunos renegados del comunismo”. Las distancias con los “marxistas nacionales”, y con Hernández Arregui en particular, se retoman a comienzos del año 1964, en un artículo donde Leonardo Paso observa con preocupación que “hasta los dirigentes peronistas de las 62 reivindican a Moreno, claro está que del modo más confuso, pues intentan hacerlo entrar con Rosas en el mismo carro”, lo que le parece un auténtico desatino (“La crisis del liberalismo y sus críticos” 30).

8) En las palabras de Marianetti referidas a la necesidad de que los militantes del partido tuvieran una mejor preparación histórica se desliza una referencia a dos problemas que tenían alguna duración en la organización, al menos a juicio de ciertos dirigentes. Uno de ellos, el que evoca Marianetti de manera explícita, remite a la propia formación de los militantes; otro, vinculado al anterior, a la disponibilidad de materiales con que emprender esa tarea. Ambos cuentan con antecedentes, dispersos y relativamente lejanos; en rigor, se trata de observaciones de dirigentes y activistas que no exhiben mayor prueba, pero que hacen evidente la persistencia de la inquietud. Así, la publicación comunista *Hoy*, en octubre de 1936, presentó una sección llamada “Historia argentina por proletarios”, cuya aspiración era servir de guía en la “difícil tarea de interpretar la historia del país con criterio marxista”. A continuación, se señalaba que “el estudio de la historia argentina” había sido “menospreciado injustamente hasta antes de ahora”. También se cuenta con la observación de Juan José Real, realizada en tiempos de la presentación del manual, acerca de la falta de bibliografía comunista sobre asuntos históricos, problema que la publicación del libro intentaba subsanar¹².

En los años sesenta, la presencia de artículos referidos a cuestiones históricas es relativamente importante en *Cuadernos de Cultura*; los hay incluso de historia económica y social, y algunos de ellos son muy específicos. También hay

¹² Se trata de una carta de Real a Victorio Codovilla, disponible en el CEDINCI; Omar Acha la ha utilizado en su *Historia crítica de la historiografía argentina*. Vol 1. *Las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires: Prometeo, 2009, página 176.

un número significativo de trabajos dedicados a otras cuestiones en los que la reflexión histórica y la referencia al pasado son relevantes. Naturalmente, podría intentarse una comparación con la cantidad de escritos referidos a otros temas, pero es sensato afirmar que en esa publicación la historia argentina es un asunto atendido. Pero un cuadro distinto puede trazarse si se considera la prensa partidaria dedicada a otros públicos, como *La Hora* o *Nuestra Palabra*, en los que la presencia de artículos sobre temas históricos es razonablemente más acotada: prensa atenta a la coyuntura política y a las cuestiones más urgentes, apenas aparecen allí trabajos con vocación de análisis histórico.

A su vez, entre los fondos documentales referidos al PC que el CEDINCI posee, se cuentan varias carpetas que contienen documentación discontinua referida a las escuelas del partido, instancias de formación de militantes y cuadros en distintos niveles. Son series documentales del mayor interés, que permiten una aproximación a los materiales –a veces impresos formalmente, otras mimeografiados– utilizados allí donde las estructuras del partido alcanzaban a los miembros de grupos sociales amplios. Constan en el material los temas que circulaban, y aún algún indicio sobre los que se demandaban, las técnicas de estudio propuestas y los relatos de algunas experiencias en la tarea de formación de los activistas de base. Una primera aproximación indica que la presencia de temas históricos es muy limitada, con excepción de la historia del movimiento obrero y la del propio PC. Esta preocupación específica era consistente con la aparición, en *Cuadernos de Cultura*, de relatos a cargo de viejos dirigentes sindicales impulsada por la Comisión de Estudios Históricos del PC, que se publicaron en los números 68, 73 y 78, entre 1964 y 1965. Así, entre el material disponible figura una *Cartilla de Propaganda 2*, de 1948, un momento previo al período analizado, que propone acciones de propaganda para lograr una difusión masiva del *Esbozo de Historia del Partido Comunista*, publicado en esas fechas. En 1963, la Comisión Nacional de Propaganda presentó un Cuadernillo para el Propagandista; el tema es también la historia del PC local. En el Curso de Estudio Individual para Cuadros, que la Comisión de Educación del PC de la provincia de Buenos Aires lanzó en 1958, se incluían las siguientes materias: Obras leninistas,

Economía política y Filosofía marxista. La Carpeta del Educador, en este caso nacional, de agosto de 1958, incluye un artículo “para estudiar y difundir” sobre el “Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino”, tema asumido también, entre otros, ese mismo año en varias células del partido en Quilmes. En abril-mayo de 1960, la Comisión Nacional de Educación del PC publica la Carpeta del Educador número 11. En coincidencia con las conmemoraciones del Sesquicentenario, los artículos se refieren a “las principales contradicciones de clase a lo largo de nuestra historia patria” y al revisionismo histórico y Mayo; los ecos de los argumentos presentados en *Cuadernos de Cultura* son fuertes.

Así, de acuerdo con los materiales disponibles, que como se ha indicado no constituyen series completas, se obtiene una imagen en la que la preocupación por los asuntos históricos estaba en un plano muy discreto y se concentraba en torno a la historia del PC y a la del movimiento sindical. Vistos a la luz de estos documentos, la queja de Marianetti y la observación de Real se tornan verosímiles para el nivel de la militancia de base. En un escenario en el que los debates sobre el pasado eran fuertes y permanentes, el PC parecía asumirlos de cara al activismo raso con una intensidad baja.

¿Qué es precisamente lo que busca indicarse con esta observación? Uno de las críticas habituales de la izquierda nacional y del peronismo hacia el PC fue su supuesta despreocupación por el conocimiento de la realidad nacional, sacrificado a la atención que las minucias soviéticas recibían. No se trata aquí de una observación de ese orden. Se busca en cambio señalar que si bien en las páginas de *Cuadernos de Cultura*, una revista concebida para la intervención en el debate intelectual y destinada al público culto, los artículos sobre la historia eran frecuentes, en el material de estudio en las escuelas y en las páginas del prensa periódica que buscaba un horizonte de masas, el pasado no era un asunto que tuviera un lugar siquiera secundario. No ocurría ni en *Nuestra Palabra* ni en *La Hora*, por ejemplo. En esta última publicación aparecía algunos días una sección sobre artes plásticas, mientras que las referencias al pasado quedaban reducidas a pequeñas columnas, atadas en general a los aniversarios; alguna evocación de Ponce o la previsible referencia al 25 de Mayo de 1810, pero poco más.

En esos mismos tiempos, en *Mayoría*, el semanario nacionalista próximo al peronismo dirigido por Tulio Jacovella, los revisionistas Fermín Chávez, Atilio García Mellid y José María Rosa publicaban sistemáticamente artículos sobre historia argentina, y José María Rosa firmaba una columna regular. Algo semejante ocurría en *Azul y Blanco*, también semanario y también próximo al peronismo, movimiento en el que se produjo la novedad de que el propio Perón asumió públicamente, en 1957, una perspectiva revisionista. Michael Goebel (*Argentina's Partisan Past*) ha aportado algunos de estos datos, así como información acerca de la presencia de referencias revisionistas en la prensa sindical vinculada al peronismo de fines de los años cincuenta. Poco después, en 1963, organizaciones de la Juventud Peronista volaron bustos de Sarmiento, explicando su acción a través de la apelación a argumentos del revisionismo y robaron el sable de San Martín ese mismo año y en 1965, entre otras acciones semejantes. Deben sumarse a estos acontecimientos los que registraba el propio PC: dirigentes sindicales que invocaban a Moreno y a Rosas; revisionistas que utilizaban la “tribuna sindical” para sus planteos a comienzos de los años sesenta.

Ese conjunto de autores, grupos, emprendimientos editoriales, organizadores culturales, que con ciertas excepciones y con matices tácticos apoyó al peronismo, terminó constituyendo buena parte de lo que puede llamarse el “frente cultural” del movimiento derrocado. Un frente inorgánico, sin dirección precisa, heterogéneo en muchos sentidos pero particularmente activo; en él, los revisionismos y las batallas por el pasado que proponían tuvieron un rol principal y hallaron un auditorio amplio y masivo, que era el que proporcionaba el peronismo. Es posible que, como en tantas oportunidades, el resultado de las disputas historiográficas, al menos en una de sus dimensiones cruciales como es la de captación de públicos amplios, se estuviera jugando un poco más allá de sí mismas, en los combates plenamente políticos que sacudían a la Argentina.

Bibliografía

Agosti, Héctor. “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas”. *Cuadernos de Cultura* número 25 (1956): 123-156.

---. “Mayo es el pueblo”. *Cuadernos de Cultura* número 47 (1960): 1-8

Assadourian, Carlos Sempat, et. al. *Modos de producción en América Latina*, cuadernos de Pasado y Presente número 40. Córdoba, Siglo XXI, 1973.

Campione, Daniel. *Argentina, La escritura de su historia*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2003.

Cernadas, Jorge. “Notas sobre la política cultural del comunismo argentino 1955-1959”. Margulis, Mario y Marcelo Urresti. (comps.). *La cultura en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires: UBA-CBC, 1997. 69-85.

---. *La “vieja izquierda” en la encrucijada: Cuadernos de cultura y la política cultural del Partido Comunista Argentina (1955-1963)*, mimeo, 2006.

Chiaramonte, José Carlos. “Los intelectuales comunistas y sus tareas”. *Cuadernos de Cultura* número 40 (1959): 119-126.

Goebel, Michael. *Argentina's Partisan Past*. Liverpool: Liverpool University Press, 2011.

González Alberdi, Paulino. “Nuestra oligarquía ‘liberal’ y el capital extranjero”. *Cuadernos de Cultura* número 34 (diciembre 1957-marzo 1958): 86-92.

Jáuregui, Aníbal. “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino 1945-1953”. Aguirre, Carlos (ed.). *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayo sobre marxismo e izquierda en América Latina*. Raleigh, NC: A contracorriente, 2013. 77-95.

Marianetti, Benito. “Nuestra historia y el revisionismo rosista”. *Cuadernos de Cultura* número 22 (1955): 5-18.

---. “Sobre las líneas históricas argentinas”. *Cuadernos de Cultura* número 47 (1960): 9-20.

Notta, Julio, “Levene: falsificador de Wall Street”. *Cuadernos de Cultura* número 7 (1952): 77- 89.

Paso, Leonardo. *Rivadavia y la línea de Mayo*. Buenos Aires: Fundamentos, 1960.

---. “La lucha por la hegemonía cultural”. *Cuadernos de Cultura* número 40 (1959): 75-108.

---. "La crisis del liberalismo y sus críticos". *Cuadernos de Cultura* número 67 (1964): 25-43.

Perelstein, Berta. "Primera interpretaciones del ser nacional". *Cuadernos de Cultura* número 30 (1957): 49-65.

Real, Juan José. *Manual de historia argentina*. Tomo primero. Buenos Aires: Fundamentos, 1951.

Schneider, Samuel. *Proyección histórica del gaucho*, Buenos Aires: Procyón, 1962.

Strasser, Carlos (introducción y encuesta). *Las izquierdas en el proceso político argentino*. Buenos Aires: Palestra, 1959.

Terán, Oscar. *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur, 1991.

Villanueva, Amaro. "Folklore sin improvisación". *Cuadernos de Cultura* número 23 (1955): 162-165.

---. "Valoración del payador". *Cuadernos de Cultura*, número 33 (1957):118-120.

Yunque, Álvaro. *Breve historia de los argentinos (1492-1956)*. Buenos Aires: Futuro, 1957.